

AMOR Y HONOR Y PIEDAD Y ORGULLO Y COMPASIÓN Y SACRIFICIO

Mi padre llegó una mañana lluviosa. Yo estaba soñando con un poema, el sordo clic-clac de las teclas de una máquina de escribir iba marcando las letras. Era un buen poema, quizá el mejor que había escrito nunca. Cuando me desperté, él estaba en la puerta de mi dormitorio, sonriendo de un modo ambiguo. Llevaba puestos unos pantalones negros y una cazadora de aviador, húmeda y arrugada, que parecía recién sacada de la lavadora. Enmarcado por la puerta del dormitorio, daba la impresión de ser aún más pequeño, más delgado, de lo que yo recordaba. Aún traspuesto por el sueño, alcé la cabeza hacia el despertador.

—¿Qué hora es?

—Hola, hijo —dijo en vietnamita—. He estado llamando un buen rato. Después la puerta se abrió sola.

«Los campos son de cristal», pensé. Luego tum-ti-ti, un dácilo, línea final, luego las palabras «excusa» y «amalgama» en la siguiente línea. «Oh, venga ya», pensé.

—Está lloviendo con fuerza —dijo él.

Fruncí el ceño. El reloj marcaba las 11.44.

—Pensaba que no llegabas hasta esta tarde.

Se me hacía extraño, después de tanto tiempo, volver a hablar en vietnamita.

—Me cambiaron el vuelo en Los Ángeles.

—¿Por qué no llamaste?

—Lo intenté —contestó con serenidad—. No respondiste.

Me volví hacia el borde de la cama y abrí la ventana. El sonido de la lluvia llenó la habitación. La lluvia caía en las calles, sobre los tejados, sobre la chapa del cobertizo al otro lado del aparcamiento, como petardos detonando a lo lejos. Todo olía a hojas mojadas.

—Cuando duermo desconecto el timbre del teléfono —dije—. Lo siento.

Él siguió sonriéndome, ostensiblemente, como si esperara una noticia importante.

—Estaba soñando.

Cuando yo era joven él solía despertarme, dándome suaves cachetes en las mejillas. Yo lo odiaba: la humedad y la aspereza de sus manos.

—Vamos —me dijo cogiendo una bolsa de deporte Adidas y un fardo enrollado que parecía un saco de dormir—. Un día vivido es un mar de conocimientos aprendidos.

Mi padre tenía la costumbre de hablar intercalando proverbios vietnamitas. Yo había aprendido a no hacer caso hacía mucho tiempo.

Me puse una camiseta y estiré el cuello delante de la única ventana. A través de la lluvia, el cielo parecía tan gris y estriado como el grafito. «Los campos son de cristal...» Igual que una figura de humo, el poema se difuminó y luego se disolvió en esta nueva, fría y extraña realidad: un aparcamiento azotado por el viento y acribillado por la lluvia; una habitación oscura casi completamente ocupada por mi cama; la pequeña silueta de mi padre goteando sobre el suelo de madera.

Me acerqué a él. Debajo del pijama tenía las piernas con la carne de gallina. Él me miraba con afable indiferencia mientras yo alargaba la mano hacia la suya, se la estrechaba y luego liberaba su otra mano de las bolsas.

—Debes de estar agotado —le dije.

Había volado desde Sidney, Australia. Treinta y tres horas sin dormir, haciendo escala en Auckland, Los Ángeles y Denver, antes de aterrizar en Iowa. Yo no lo había visto desde hacía tres años.

—Dormirás en mi habitación.

—Muy elegante —dijo mientras me conducía por mi propio apartamento—. Hasta tienes un piano. —Me lanzó una sonrisa casi compungida y dijo—: Sabía que nunca lo dejarías del todo.

Algo cambió en la expresión de su cara, y me encontré otra vez en un taburete elevado, con mis dedos intentando seguir el metrónomo, adelantándome y retrasándome, tratando de acallar los repetidos suspiros del profesor y su pesada regla de latón. De repente me di cuenta de que me estaba frotando los nudillos. Mi padre le dio una palmada al futón de la sala de estar.

—Dormiré aquí —dijo.

—Dormirás en mi habitación, *ba* —contesté.

Lo observé con recelo mientras él inspeccionaba nuestro entorno, desordenado y lleno de libros, papeles, platos sucios, tazas de té y ropa. Yo había tenido la intención de arreglarlo un poco antes de ir al aeropuerto.

—Además, trabajo en esta habitación, y trabajo por la noche.

Cuando entró en la cocina, cogí la botella de Johnnie Walker, llena en tres cuartas partes, del segundo estante de mi librería y la escondí debajo de la mesa. Eché una mirada alrededor. La mesa estaba sucia de ceniza. Cubrí con algunas revistas las partes que estaban peor y después giré una de ellas porque en la portada aparecía una fotografía del presidente Mao. Recogí rápidamente los paquetes de cigarrillos y las pastillas para dormir y los incensarios, y los tiré en el estante alto, detrás de mis libros de Kafka de la colección Vintage Classics.

En la puerta batiente de la cocina me acordé de la fotografía de Linda, que estaba junto a la impresora. Su foto glamurosa, la llamaba yo: con el pelo alborotado y los ojos entornados, sonriendo a algo que quedaba fuera de cuadro. Uno de sus antiguos novios se la había hecho en el lago MacBride. Parecía feliz. La cogí, le di la vuelta y la tapé con un bloc de notas.

Al entrar en la cocina pensé, por un momento, que me había dejado abierta la salida de incendios. Podía oír el agua de lluvia corriendo a chorros por los canalones y por las tuberías.

Entonces vi a mi padre en el fregadero, con las mangas subidas, lavando una montaña de platos con suciedad incrustada de un mes. El olor era horrible.

—*Ba* —le dije con el ceño fruncido—, no tienes por qué hacer esto.

Sus manos, duras y curtidas, se movían con destreza en el fregadero.

—*Ba* —repetí con desgana.

—Casi he acabado. —Alzó la mirada y sonrió—. ¿Has comido? ¿Quieres que prepare algo para almorzar?

—*Thoi* —contesté, repentinamente irritado—. Estás extenuado. Saldré a buscar algo de comer.

Volví a mi dormitorio pasando por la sala de estar, y recogiendo de paso ropa y desperdicios que encontré por el camino.

—No tienes que preocuparte por mí —me gritó—. Tú haz tu vida de siempre.

La verdad era que mi padre había llegado en el momento más inoportuno. Era mi último curso en el taller de escritura de Iowa, a finales de noviembre, y me quedaban tres días para entregar mi relato final de aquel semestre. Tenía papeles atrasados por corregir y una pila de solicitudes de becas y empleos por redactar y enviar. No era de extrañar que bebiera tanto.

Hasta la noche anterior no le había contado a Linda que él venía. Estábamos en su casa. Su cuerpo resbalaba por el sudor y costaba de sujetar. Su cuerpo olía a su ropa. Me hizo ponerme boca abajo, con la cara contra las sábanas, y empezó a darme un masaje golpeándome la espalda con los cantos de las manos.

—Más arriba. Un poco más hacia los lados.

Le costaba mantener un ritmo regular.

—Más suave —le dije.

Momentos después, me eché a reír.

—¿Qué pasa?

Bajo mi cara aplastada contra las sábanas, estas estaban húmedas.

—¿Qué pasa? —repitió.

—Más *suave* —contesté—. No más *lento*.

Me golpeó la espalda con la palma de la mano, fuerte; una vez, y otra. Yo no podía dejar de reír. Me di la vuelta y la agarré por las muñecas. Arqueada hacia delante, estaba sonrojada y hermosa. El pelo le cubría la cara; bajo su cabello rubio cenziza lo único que podía ver eran sus labios abiertos. Ella se apretó contra mí, sus hombros subían y bajaban haciendo que se ondulara la larga y delgada línea que iba desde su nuca hasta la parte baja de su espalda.

—¡Para! —dijeron sus labios.

Se desasíó las manos. Sus dedos bajo mi cintura, violentos; los arañazos de sus uñas en los muslos, las rodillas, los tobillos. Estiré el pie como una bailarina de ballet.

Después le conté que mi padre no sabía nada de ella. No dijo nada.

—Nunca hablamos de este tipo de cosas —le expliqué.

Parecía una actriz que se parecía a mi novia. Mirarla a la cara me cansaba. Había empezado a sentirme así con ella.

—Solo va a pasar tres días aquí.

Desde algún sitio que no alcanzábamos a ver, un grupo de universitarios reía y gritaba.

—Pensaba que no te hablabas con él.

—Es mi padre.

—¿Y qué quiere?

Me volví hacia ella, sobre el codo. Traté de recordar cuánto le había hablado de él. Estábamos echados en la cama, con el viento rugiendo en la habitación —me acuerdo de eso— y los dos estábamos achispados. Las nuestras podrían haber sido dos voces cualesquiera en la oscuridad.

—Serán solo tres días —dije.

Su mirada era extraña, apagada. Me observó durante largo rato. Luego se levantó y se vistió.

—Asegúrate de tener listo tu relato —dijo.

Ya bebía antes de llegar aquí. Bebía cuando estudiaba en la universidad y también después, cuando era abogado (en mi vida anterior, como se suele decir). Había un bar subterráneo en un hotel al lado de mi trabajo, y todas las noches me perdía por allí, me derrumbaba sobre un taburete y fingía que no esperaba que el camarero me diese conversación. Él era solo un poco mayor que yo, y llegué a envidiar su tranquilidad, su confianza en que cualquier situación era meramente temporal. Yo dejaba propinas desorbitadas. Al poco tiempo, me invitaba a gambas rebozadas y a empanadillas a cuenta de la casa. Por entonces, mis padres ya se habían separado; mi padre se había mudado a Sidney, mi madre a un apartamento de protección oficial.

Esto es lo único que he hecho en mi vida, traficar con palabras. En ocasiones, sigo pensando en recuentos de palabras de la misma forma en que un general debe de pensar en bajas. Llevaba en Iowa más de un año —los días se convirtieron en semanas, luego en meses, después en un año entero— y no había escrito más que tres relatos y medio. Cerca de diecisiete mil palabras. Cuando trabajaba en el bufete de abogados, escribía esa cantidad en un par de semanas. Y eran útiles para alguien.

Los plazos de entrega llegaban, extenuantes, y yo me obligaba a cumplirlos. Luego, en los largos intervalos de tiempo que había entre ellos, volvía a mi pantalla en blanco y a mi mente progresivamente embotada. Probé de todo: escribir en la cama, en la bañera. A medida que el último plazo de entrega se acercaba, me acordé de un amigo que afirmaba que había superado su bloqueo de escritor pasándose a la máquina de escribir. «Tu escritura se libera —me dijo— cuando sabes que no puedes borrar lo que has escrito.» Compré una Smith Corona eléctrica en una tienda de antigüedades. Cuando la enchufaba, zumbaba como un acuario tropical. Quedaba bien encima de mi mesa. Para inspirarme, leía poesía victoriana

absurdamente formal y bebía whisky escocés a palo seco. ¿Qué podía ser más fácil que aquello? En este mundo sucedían cosas a cada momento. Lo único que tenía que hacer era transcribirlas. En el cielo, dos bandadas de golondrinas convergían, se separaban, se entrecruzaban otra vez como velos ondeando en corrientes contrarias. Haciendo cola en el supermercado, una mujer negra se inclinó hacia delante y besó la barra de su carrito de la compra; su piel era oscura y brillante como la madera pulida de un piano.

La semana anterior a la llegada de mi padre, un amigo me reprochó mi persistente derrotismo.

—¿Bloqueo de escritor? —Bajo la luz de las farolas, de su boca emergían vapores de bourbon—. ¿Cómo puedes tener bloqueo de escritor? Escribe una historia sobre Vietnam y punto.

Acabábamos de salir de una fiesta celebrada tras la lectura que había dado el más reciente éxito del taller, una mujer china que trataba de emigrar a Norteamérica y que había escrito un libro de relatos sobre personajes chinos en varias etapas de emigración a Norteamérica.

Los relatos eran buenos y sutiles. Se rumoreaba que le habían ofrecido un sustancioso contrato por una cantidad de seis cifras por dos libros. Se suponía que había una regla tácita que estipulaba que este tipo de cosas no se comentaban. Por supuesto, era lo único de lo que se hablaba.

—Es el último grito —me decía en el bar un profesor de escritura—. La literatura étnica es lo que se lleva ahora. Y es importante, además.

Un par de agentes literarios que estaban de visita adoptaron un punto de vista similar:

—Hoy día hay mucha escritura muy pulida —dijo uno—. Uno debe preguntarse: ¿qué es lo que me diferencia del resto?

Le pasó la pelota a su colega, que contestó lentamente, como si entonara un mantra:

—Tus *orígenes* y tu *experiencia vital*.

Otros amigos fueron más francos:

—Estoy harto de literatura étnica —dijo uno de ellos—. Todo son descripciones de comida exótica.

O:

—Nunca sabes si el lenguaje es austero porque el autor lo quiso así o porque le faltaba vocabulario.

Me contaron que el amigo de un amigo, un licenciado por Harvard de Washington D.C., posó con el atuendo tradicional de Nigeria para la fotografía de la solapa de su libro. Me imaginé a mí mismo en un arrozal con un sombrero cónico de paja en la cabeza. Luego me imaginé a mi padre en el mismo campo, con su raída ropa de trabajo, joven y con expresión severa.

—Es una licencia artística que uno debe sobrellevar —dijo mi amigo.

Estábamos los dos borrachos y caminábamos con la bicicleta al lado porque a ambos, por separado, se nos había pinchado una rueda de camino a la fiesta.

—Los personajes siempre son planos, genéricos. Cada vez que un escritor chino escribe sobre personajes *chinos*, o un escritor peruano sobre *peruanos*, o un escritor ruso escribe sobre *rusos*... —dijo como si recitara una poesía mala para críos, y luego se detuvo y perdió el hilo de lo que estaba diciendo.

Su boca mostró una mueca de indecisión. Yo sabía que estaba enfadado por algo.

—Mira —le dije, señalando un porche iluminado que había delante de nosotros—. Esos tipos tienen armas.

—Mientras haya una imagen o una metáfora interesante al menos una vez en cada pedazo de texto como este... —dijo, separando el índice y el pulgar para indicar media página, mientras su bicicleta zigzagueaba en la acera.

Le hice una señal con la cabeza y después saludé a uno de los tipos del porche, que me devolvió el saludo. El otro tipo nos hizo señas con su rifle de aire comprimido de madera artificial. Un coche con los faros encendidos estaba detenido en marcha en la entrada de la casa, y del interior salían voces de chica chillando: «¡No dispaes! ¡No dispaes!».